



CAPÍTULO 11

Homenaje a Erich Fromm

RAMÓN XIRAU

EN LA OBRA DE ERICH FROMM, donde quienes no lo conocieron podrán percibir algo de su personalidad, están presentes los filósofos de Occidente y los pensamientos surgidos a lo largo de los siglos de la tradición judía, es decir, de la Biblia y el Talmud. Porque este hombre, que tan ligado estuvo a la Escuela de Frankfurt —sus diferencias y discrepancias con Adorno y Marcuse llegarían más tarde—, estaba, por así decirlo, empapado en la cultura judía y en lo más universal de esta cultura. Su conocimiento de los textos bíblicos y de la filosofía judaica se reflejaba muy frecuentemente en sus conversaciones y en sus obras.

Ahora bien, a través del pensamiento judío hay que recordar que Erich Fromm estuvo profundamente influido por Spinoza, con cuyo estudio se enriqueció su propia obra. Sería imposible llevar a cabo un análisis detallado de esta influencia, que es muchas veces una afinidad electiva. No es éste el momento de hacerlo, sino simplemente recordar, muy brevemente, algunos de los temas tan vívidos y vitales que Fromm entresacó, con plena conciencia, del filósofo de La Haya. Los libros de la *Ética* de Spinoza que más profundamente influyeron en Fromm fueron los que llevan los números III, IV y V. Spinoza pensaba que lo que caracteriza al ser (al ser humano) es su *conato por permanecer en su ser*. Este conato, este impulso, en la obra de Fromm llevará por nombre *biofilia*, amor a la vida.

Presencia de Spinoza; también, naturalmente, de Marx. Fromm



conocía a fondo *El capital* y tenía sobre todo en cuenta los *Manuscritos económicos y filosóficos* de 1844.¹

Fromm buscaba en Marx al humanista más que al científico, y acaso no sea falso decir que, según él, hoy en día es posible un socialismo que entrañe libertad, esta capacidad de elegir entre alternativas concretas, que entrañe tolerancia y respeto escrupuloso a la persona humana.

Para Erich Fromm, el hombre es un ser que se hace a sí mismo. Así expresada, esta idea no es nueva: puede encontrarse en los idealistas alemanes, en los vitalistas, en algunos de los filósofos de la existencia. Por decirlo con Ortega y Gasset, el hombre no es exactamente un *ser*, es un *quehacer*. De ahí que si aceptamos que somos aquello que nos hacemos, somos responsables de responder y llevar el ser de nuestros actos.

Permítaseme, en este punto, una breve acotación. En algunas ocasiones Fromm parece decirnos que el hombre es un ser perfectible, sin olvidar, naturalmente, que esta perfectibilidad puede verse anulada por tendencias necrófilas, y por lo tanto, destructivas. Pero la idea misma de perfectibilidad es discutible. Tomada en el sentido *optimista* de muchos de los pensadores del siglo pasado —Feuerbach, pero también Comte o incluso Marx— puede conducir a la idea de que el hombre podrá, en el futuro —algún futuro—, ser su propio dios, por decirlo con rapidez, aunque no con falacia: que renunciando a Dios, el hombre podrá progresar por una vía que lo lleve a una suerte de paraíso en la tierra. Lo decía, en versos entusiastas, Victor Hugo:

Temps futurs, vision sublime,
Les siècles sortent de l'abîme

Nuestro tiempo se ha encargado de hacernos ver que este entusiasmo humanista, este endiosamiento del hombre, es imposible y conduce a crear verdaderos ídolos (Historia, Estado).

Pues bien, no es ésta la actitud de Fromm, salvo, acaso, en algún escrito relativamente juvenil. En su caso, más que de perfectibilidad, sería tal vez más adecuado hablar de mejoramiento.

En suma, Fromm es idealista (en el sentido común y corriente del término: el de tener ideales). Pero no deja de ser realista. Baste recor-

¹ Los *Manuscritos económicos y filosóficos* de Karl Marx, en Erich Fromm, *Marx y su concepto del hombre*, México, Fondo de Cultura Económica, 1966.



dar, para también recordar su realismo, dos de sus libros: *El corazón del hombre* y *Anatomía de la destructividad humana*.²

No, la idea de un hombre deificable no está presente en la obra de Fromm. Para deshacer posibles entuertos, no es malo recordar la idea que Fromm se hacía de la historia humana.

La historia es el progresivo proceso de la liberación de los hombres. Al hacer su propia historia, la humanidad ha pasado por etapas diversas, entre las cuales recordaré aquí solamente las más importantes.

Dentro del universo bíblico, el hombre empieza a liberarse a partir de Moisés, para quien Dios es ya el Dios vivo y no un ídolo. En la filosofía de Maimónides, aunque no solamente en ella, se muestra un grado más avanzado de liberación cuando los pensadores creen poder llegar a conocer a Dios y al hombre mismo por medio de la razón. En rebeliones sucesivas, los esclavos de Roma, la Revolución Francesa, podemos encontrar otras tantas etapas del proceso liberador. Sucede, sin embargo, y esto en Fromm es crucial, que frecuentemente no queremos ser libres. Para anular nuestra libertad inventamos nuevos ídolos que nos enajenan y nos cosifican (cosificación, en Fromm, es sinónimo de enajenación).

Pero ¿qué es la enajenación? Quien mejor la ha descrito es Hegel. Para Hegel, *enajenación*, o si se prefiere, *alienación*, significa, ante todo, escisión, desunión. El significado de la palabra se altera un poco en Marx cuando éste piensa que el capitalismo aliena al hombre y que el obrero es un capital humano.

Fromm está de acuerdo con Marx cuando piensa que el capitalismo enajena al hombre. Cree, por igual, que también lo enajenan todas las sociedades totalitarias de nuestro tiempo. Muchas veces ignoramos nuestra propia alienación y aceptamos un subsuelo de creencias que podemos llamar ideologías. Las ideologías desaparecerán mediante el análisis histórico y social unido a un verdadero psicoanálisis.

Hay que resumir. La historia es una larga lucha por la libertad, esa libertad tan frecuentemente coartada por el hombre mismo, tanto en lo social como en lo personal.

No creo deformar el pensamiento de Fromm si digo que para él la libertad pertenece a la esencia del hombre, uno de los atributos esen-

² *El corazón del hombre*, México, Fondo de Cultura Económica, 1966. *Anatomía de la destructividad humana*, México, Siglo XXI, 1975.



ciales del hombre, por más que éste se empeñe en negarla, en desvivirla en lugar de vivirla.

Liberación, libertad: pero ¿en qué consiste para Fromm la libertad? A través de su obra podemos comprenderla como:

- a) Proceso de liberación histórica;
- b) Proceso de autoconciencia y autoconocimiento: Fromm piensa, como Spinoza, que una pasión dejará de ser una pasión, es decir, una pasividad, cuando sea clara y distinta;
- c) Alternativismo.

Aclaremos, brevemente, el sentido de la palabra *alternativismo*. No es difícil definirla aunque entrañe serias dificultades vivir lo que esta palabra significa.

He dicho que Fromm es idealista y realista. Muy de orden realista es su idea de libertad. Las grandes discusiones metafísicas, tantas veces abstractas, no atraen a Fromm, que sabe que todos los hombres están luchando cotidianamente dentro de situaciones concretas. Ser libre es, para él, decidir constantemente entre alternativas reales. Lo cual requiere esfuerzo y decisión. Fromm, como su maestro Spinoza, cree en efecto que la libertad se gana paso a paso, más allá de pasiones que son *pasividades* que, a su vez, son sufrimientos. En otras palabras (muchas veces repetidas en su obra), para Fromm el destino del hombre es el de ser creador, o más exactamente, productivo. Y este producir es tanto un dar (y un darse) como un ir hacia delante, adelantamiento que es fruto de la recta elección entre alternativas.

Podría pensarse que existe cierto conflicto entre las nociones de liberación y de alternativismo. La liberación conduciría a una forma de mayor autoconciencia y autoconocimiento; el alternativismo sería una forma de libre albedrío. El problema existe y no es cuestión de tratar de resolverlo aquí y ahora. Una forma de hacer pactar las dos formas de la libertad podría ser ésta: si la liberación existe, es que antes debe haber existido la posibilidad de decidir; en este sentido, la elección entre dos o más alternativas (libertad *para*) sería la condición de todas las liberaciones (libertad *de*).

Una frase de Sartre, con quien, por cierto, Fromm no solía comulgar, puede ser aquí aclaratoria. Decía Sartre: «Lo contrario a la libertad no es el determinismo, sino el fatalismo». Al oponerse a las idolatrías antiguas y modernas o contemporáneas, Fromm se opone precisamente al fatalismo.



Pero ahondemos algo más en el sentido de la libertad. Si entendiendo bien a Fromm, la libertad está en él íntimamente ligada al desarrollo de la persona. Es posible que, hablando estrictamente, no existan en su obra criterios del todo fijos para definir la libertad, pero existen, en cambio, dos salidas. Ante la alienación que, en lo individual hace que cada sujeto «se experimente a sí mismo como un extraño», se ofrecen dos caminos; el segundo, hasta aquí solamente barruntado, tiene por nombre *amor*.

Es sabido que Fromm no pertenecía a ninguna iglesia establecida. Veía, en cambio, en las verdaderas experiencias místicas tanto modalidades de hondo conocimiento psicológico (los grandes místicos suelen ser buenos psicólogos) como un camino no necesariamente teísta hacia el espíritu. Y aquí la palabra *espíritu* no significa nada vago ni vaporoso. Se trata de un espíritu encarnado, vivido. La experiencia mística nos enseña a ser hombres. Por esto Fromm habla de sus propios puntos de vista cuando hace suyas estas palabras del Maestro Eckhart.

Ser hombre es lo que tengo en común con todos los hombres; el ver, el beber, el comer, lo tengo en común con los animales. Pero ser lo que soy es cosa exclusivamente mía, mía y de nadie más [...], excepto en cuanto soy uno mismo con todos los hombres.

El hombre, si llega a realizar sus potencialidades y posibilidades y logra vencer los obstáculos que se le impongan y se impone a sí mismo, puede llegar a ser todo un hombre sin que por ello tenga que aspirar a ser un dios, a ser su propio dios.

En cuanto al amor, hay que empezar por decir que el amor descrito por Fromm no es el que suele definirse como amor romántico (¡mucho más hondo fue el amor de los grandes románticos que el que solemos llamar así!). El verdadero amor implica ante todo, para Fromm, «miramiento» hacia la otra persona, lleva consigo «respeto», entraña un ver al otro no tal como queremos verlo sino «tal como el otro es». Amar es conocer y el amor es, desde el Antiguo Testamento, comunión, comunidad, relación viva. Este amor no excluye la razón, una razón también encarnada y vivida, así como es concreta y vivida la libertad que sabe escoger entre esto y aquello, entre alternativas precisas.

En última instancia, Fromm no creía que existiera una definición única de la naturaleza humana. De ahí que preferiría hablar más de



«atributos esenciales» (esenciales para todos los hombres) que de una naturaleza aislada y única. El hombre es un animal racional pero su racionalidad no agota su ser; el hombre es un ser social pero tampoco su sociabilidad lo agota. Mejor será decir que el hombre tiene, entre sus atributos, la racionalidad, la sociabilidad, el amor, la libertad, el juego (el hombre tiene por atributo esencial su jugar).

¿En qué sentido podemos hablar de un humanismo frommiano? Este humanismo entraña concebir al hombre como un ser creador, como un ser que, más allá de las pasiones, quiere la vida, ama la vida misma.

Muy bien se daba cuenta Fromm de que vivimos frecuentemente en un «universo concentracionario». Por su propia experiencia de las negatividades de este siglo nuestro, Fromm podía escribir, cercano aquí a Bergson: «Todos los hombres de buena voluntad, o mejor, todos los hombres que aman la vida, deben formar un frente unido para la supervivencia, para que prosiga la vida y prosiga la civilización».

La vida entera de Fromm estuvo dedicada y empeñada en encontrar vías de salida y de salvación para el hombre de nuestros días. Acaso el meollo de su pensamiento acerca de la naturaleza del hombre pueda reducirse a dos preguntas y dos respuestas.

¿Qué es el hombre? Es, ante todo, un ser que debe llevar a sus últimas consecuencias positivas el amor, la vocación de vida, la creatividad, y esto a pesar de todos los pesares de estos tiempos nuestros de penuria.

¿Qué es el humanismo? Justamente, la posibilidad de realizar esta creatividad, esta *humilde* razón, esta biofilia, esta razón de amor que implica a la vez tolerancia, libertad, productividad, respeto.

Tal vez podamos concluir con San Agustín: *Ama et fac quod vis*: Ama y haz lo que quieras.